

CAPITULO XI.

Haiti.



A hemos dado una idea de la isla de Haití.

Pero no conocemos ni el origen, ni las costumbres, ni la organizacion social de sus habitantes.

Cuando Colon dirigia sus naves hácia la orilla de aquella isla, que tan bella se le aparecia y que tanta codicia despertaba en el ánimo de sus compañeros, porque los indios de Guanahani les habian indicado que en sus entrañas se encerraba mucho oro, era rey de la isla Guacanajari, valeroso guerrero, á quien no solo los indios, sino hasta los caciques de varios departamentos en que estaba dividida la isla, profesaban amor, respeto y veneracion, por la energía y la bondad de su alma, por el dominio paternal que ejercia sobre todos.

Guacanajari era soberano por derecho de herencia, como descendiente de la raza sublime de soberanos que habian engendrado Vagoniana y la diosa, que para ellos habitaba siempre bajo las cristalinas ondas del mar.

Vagoniana, segun la tradicion de Haití, era el padre de los hombres, y durante mucho tiempo los tuvo encerrados en dos grutas ó cavernas, sin que les permitiera salir á ver el sol.

Una noche envió uno de ellos, al pescador Huacani, á la

orilla del mar, pero con órden de que volviera ántes de amanecer.

Desobediente Huacani halló tantas delicias admirando los objetos que tenia en torno suyo, que permaneci6 en la orilla más tiempo del que le era permitido; pasó la noche allí, y al amanecer del dia siguiente se trasformó en ruisseñor.

Apesadumbrado Vagoniana por la desaparicion de su amigo, cuyos gemidos oía por la noche, mandó salir de las cavernas á las mujeres y á los niños de pecho, y solo dejó en ellas á los hombres.

Mandó conducir á las hembras á la isla Matinino, que se llamó despues Matalino, y se llevó consigo á sus hijos.

Estos, atormentados por el hambre y la sed, exclamaron:

«¡Toa, toa!» Lo que quiere decir: «¡Mamá, mamá!»

Estaban cerca de un rio, y se trasformaron en ranas.

Ninguno podia vivir bajo la luz del sol.

Vagoniana era el único que podia desafiar sus rayos.

Buscando á su amigo Huacani por todas partes, descubrió en el fondo del mar una mujer hermosa, y se arrojó al agua para verla de cerca.

La deidad le recibió en sus brazos, ambos libaron la copa del amor, y ella le dió unas bolas de mármol que los indios llamaban *cibas*, y unos pedacillos de nácar á los que dieron el nombre de *guaninos*.

Estos objetos fueron más tarde los atributos de los reyes, y los usaban como cosas sagradas porque habian pertenecido á Vagoniana, padre de su raza.

Los hombres que permanecian en las grutas, no teniendo á su lado ni á su rey, ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron profundamente, y para buscar consuelo se precipitaron en los abismos apénas tendió su manto la noche.

A lo léjos descubrieron unos seres que tenian la aparien-

cia de mujeres, y que subian y bajaban á los árboles *mirabolanos*.

Aproximáronse á ellos y quisieron cogerlos, pero se les escapaban de entre las manos.

Buscaron entónces á los que tenian las manos más callosas, para que pudieran aprisionarlos mejor, y éstos, que recibieron el nombre de *caracoles*, se apoderaron de cuatro de aquellos seres extraños, pero inútilmente, porque les fué imposible con ellos continuar la raza.

Reunidos en consejo los ancianos dijeron á los jóvenes que buscasen al pájaro llamado *pico*, pájaro encarnado, amarillo y negro, de forma preciosa, y les obedecieron.

Apénas les tocó con su pico el precioso pájaro, aquellos seres se cambiaron en mujeres que poblaron la isla de Haití.

Tal era la tradicion de aquel pueblo (1 A.)

Las grutas en que habian permanecido los hombres hasta arrojar al abismo, llamábase la una Caçibaxagua, que era la más profunda, y Amayauna la otra.

Vagoniana y la deidad acuática habian engendrado la raza más pura y más fuerte de la tierra.

Sus hijos, encerrados en las dos grutas estaban vigilados por Machokael, el cual no se separaba nunca de la gran embocadura del monte Cauta.

Pero este guardian quiso un dia saber de dónde salia la luz, y sin sentir se fué alejando poco á poco del paraje donde debía estar de centinela.

Llegó la aurora, é instantáneamente Machokael se convirtió en piedra.

Entónces fué cuando los hombres, abandonando las dos grutas, se dispersaron por Haití.

1 Véanse las notas al final del tomo.

Guacanajari, descendiente del Creador, segun los indios, llamábase rey de los reyes y señor de todo cuanto el mar bañaba con sus ondas.

Considerábanle, como hemos indicado, porque habia elevado la justicia hasta su trono, porque habia inspirado el amor y la verdad, porque habia perseguido la ingratitud y la hipocresía, porque al mismo tiempo habia enseñado á los suyos á cultivar la tierra, á curar sus enfermedades, y los habia defendido contra los furores, la maldad y los atentados de sus enemigos.

Ainaima era la esposa de Guacanajari

De ella tenia dos hijos, dos príncipes de la sangre de Vagoniana, que debian heredar su trono, los cibas y guaninos y adornar con ellos su pecho como símbolo de su majestad.

Varios caciques gobernaban bajo sus órdenes los departamentos de la isla, y cuatro de ellos, los más principales, eran reyes bajo el mando de Guacanajari.

Llamábanse Caonabo, Boechio, Guarionex y Gayacoa.

Guarionex dominaba la llanura y poseia más de sesenta leguas en el centro de la isla.

Boechio reinaba en la parte occidental en la tierra ó provincia de Xaragua, donde se encuentra el lago de Xaragua.

Gayacoa poseia el Oriente de la isla hasta el arroyo de Haini, en el punto en que el riachuelo Juna va à perderse en el mar.

Este era uno de los más poderosos caciques, y sus guerreños de los más fuertes á causa de su vecindad con los caribes.

Caonabo poseia las montañas y una vasta extension del país, ó sea el Cibao, donde se hallaban las minas de oro.

Guacanajari, rey de los reyes, dominaba en la parte Norte,

en el Estado llamado Mariem. vasta extension en cuyo centro se hallaba su corte á cuatro leguas del mar.

Los departamentos principales de la isla eran Xaragua, Cibao, Higüey, Guahaba, Guacayarima, Amigayahana, Saabana, Sanica, Maguana y Cacibaxagua.

En todas ellas habia tribus, y en la última se albergaban los indios errantes de los departamentos impenetrables que rodeaban las montañas del Nisao.

Todos vivian en paz.

Las sepulturas de los antepasados de aquellos hombres estaban coronadas de flores.

Sus enemigos, vencidos en varias ocasiones, no se atrevian á lanzar sus flechas contra el trono de Guacanajari.

Aquel hermoso soberano dormia tranquilo en medio de las montañas.

La luna velaba sus ensueños de amor.

Era tan feliz aquel monarca, que jamas habia derramado una sola lágrima.

Sus piés hollaban siempre polvo de oro.

Pero de pronto se oscureció durante tres dias el brillante cielo en que bañaba sus miradas.

En el horizonte apareció una corona de fuego, y al volver en torno suyo los ojos, vió que todos sus vasallos, participando de su consternacion, habian acudido á su lado para que les explicase la causa de aquel fenómeno.

¿Qué podia decirles Guacanajari, que no sabia explicarse lo que pasaba?

—Orad, vírgenes, dijo á las jóvenes indias, orad, sacerdotes, añadió, dirigiéndose á los ancianos.

Las jóvenes se hincaron de rodillas.

El fuego de los altares, apagado de una manera sobrenatural, se negó á arder, á pesar de los esfuerzos de los sacrificadores.

—¡La raza de Vagoniana está maldita! exclamó Guacanajari.

Los adivinos temblaban.

Los guerreros arrojaban las flechas.

Todos miraban á Guacanajari como esperando de sus labios una orden, un mandato cualquiera.

El rey arrancó de su cuello el sagrado collar y lo arrojó al altar.

El Tzimes, divinidad de forma monstruosa que poseian los caciques y á quien consideraban como un intérprete de Dios y como un consejero, permaneció silencioso.

Pero un doloroso gemido resonó, sin que se pudiera saber de dónde salia.

Los butios, sacerdotes que practicaban las abluciones y los ayunos, y tomaban un brebaje que les sumia en un delirio profundo, durante el cual se les aparecian infinitas visiones, no eran más felices que los demas.

Las vírgenes mesaban las trenzas de sus cabellos, y todo el pueblo haitiano derramaba abundantes lágrimas.

Llegó la noche.

Las estrellas desaparecieron del espacio.

La luna parecia ensangrentada.

El aire era abrasador.

Presa de un vértigo terrible, Guacanajari intentó acabar con su vida; pero el ángel del bien le detuvo, y diciendo á los suyos «Esperadme,» corrió precipitadamente por la llanura, subió á una de las montañas más elevadas, y aguardó allí á que amaneciese para pasar su vista por el horizonte.

Fijos sus ojos en el Occidente, vió dos objetos que le parecieron animales terribles que levantaban sobre las ondas sus poderosos brazos, y se dirigian á él con aspecto amenazador

Eran las dos carabelas de Colon, que Guacanajari veia por la primera vez.

El terror se apoderó de su alma.

Abandonó la montaña y se refugió en las espesuras del bosque Cibao.

Tantas emociones le privaron de sentido, y pasó toda la noche como si la muerte hubiera colocado sobre su frente su helado dedo.

Al día siguiente, al abrir los ojos, se vió rodeado de sus guerreros.

Los sacerdotes anunciaron el último día de Haiti.

Los sabios murmuraron la plegaria de los muertos.

Las madres ocultaban á sus hijos en su seno, y los ancianos, postrados de hinojos, doblaban la rugosa frente.

—No, aún no me ha abandonado el valor, exclamó Guacanajari.

Y templando la cuerda de su arco, lanzó una flecha que atravesó las nubes.

Un *aura*, ave de rapiña de negra pluma que hendia el espacio, cayó á sus piés como herida por el rayo.

—¡Haiti! exclamó, el espíritu de Vagoniana me anuncia que el enemigo llega hasta aquí impelido por las ondas del mar.

Los caciques no tardaron en llegar de todas partes á reunirse con Guacanajari y prestarle todo su apoyo.

La llanura del Yaqui se inundó de indios, todos fuertes como la hacana, madera con que los indios fabricaban sus armas.

Guacanajari les habló en estos términos:

—Paz, hijos míos; Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; arroja la lluvia para que nazca el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa; imprime movimiento á todo, y es causa de cuanto pasa en el mundo; El impone la tristeza y

la alegría, la ruina ó la felicidad, la vida ó la muerte; El despierta en el corazon de los reyes el odio ó la amistad, la paz ó la guerra!

¡Que el Dios de Vagoniana ilumine vuestro corazon é inunde mi ánimo y le prepare á la clemencia! Caonabo, Boechio y Manicate, templad vuestra cólera; caciques y sacerdotes, que la paz sea con vosotros; vírgenes de Haiti, mi alma no está envenenada con el horrible odio ó en la venganza sangrienta; enjugad vuestras lágrimas, porque en el fondo de mi corazon reposa la paz y la esperanza; quiero hacer lo que la flor en la primavera, que exhala sus perfumes en el cielo (B).

En aquel momento repitieron los ecos la marcial música con que los soldados de Colon, al desembarcar en tierra, celebraban su triunfo.

Instantáneamente los indios que se habian quedado en la costa corrieron precipitadamente á refugiarse detrás de los pliegues de las montañas.

Algunos de ellos se acercaron á Guacanajari.

—Rey de los reyes, exclamaron, el extranjero huella con su planta las playas de Haiti; su frente es blanca como el fruto de la ceiba; le acompañan indios de Saamoto, de Cuba y de Guanahani.

—Bien venido sea el extranjero, respondió Guacanajari, dispuesto estoy á recibirle.

Y mandó que algunos indios fueran en su nombre á ver á Colon para llevarle á su presencia.

Entónces fué cuando el almirante envió algunos de sus compañeros á saludarle, y los intérpretes para que le explicaran cuáles eran sus deseos al llegar á la isla.